



Cierta La Segunda

REDACCION

La ciencia y la justicia

Me ha tocado preparar una ponencia sobre Figa de Queiroz con motivo del primer centenario de su muerte, ocurrida en París en agosto del año 1900. No soy un especialista en el novelista portugués y me limité a esbozar una comparación entre *La correspondencia de Fradique Mendes*, texto queiroziano publicado en forma póstuma, y un curioso ejercicio literario de Joaquín Edwards Bello basado en la lectura de Queiroz, *Don Juan Lavitiano*. Pero me ocurre siempre el mismo fenómeno, y he llegado a la conclusión de que no es malo que me ocurra cada vez que entro en un tema que no conozco a fondo, sobre todo cuando se trata de un buen tema: la curiosidad se me despierta y sigo leyendo después de haber terminado la ponencia, o dictado la conferencia, o lo que sea. El compromiso previo me empuja a entrar en el asunto, pero después, cuando ya lo he cumplido, sigo explorando el terreno y encontrando nuevos territorios.

Después de ponerle punto final a mi trabajo, me pasé horas de insomnio leyendo *La ilustre Casa de Ramires*, historia de hidalgos educados en buenas universidades, vistagros de viejas familias, pero pobres, dueños de torres más o menos en ruinas y de tierras hipotecadas. El protagonista, Gonzalo Mendes Ramires, aspira a la fama literaria y a alguna parcela de poder político, pero es un hombre con todo, desprovisto de energía. Le gusta la buena vida, el buen vino, y aspira a viajar a París, como casi todo el mundo que lo rodea, pero sus aspiraciones son muy superiores a sus verdaderas posibilidades. Lo más interesante de la novela son las reflexiones sobre Portugal, sobre su decadencia y la pérdida paulatina de su imperio y sobre el sentido del patriotismo en aquel final del siglo XIX.

A la mañana siguiente, en un ensayo publicado por "Cuadernos Hispanoamericanos" de Madrid, he encontrado una carta interesante, ya no del escritor ficticio Fradique Mendes sino del histórico Figa, enviada en 1880 al pintor, calificado entonces como "ultrarromántico", Pinheiro Chagas. La epístola es una reflexión sobre el "patriotismo", en una línea similar a las que había encontrado en la novela de mi insomnio, y contiene afirmaciones dignas de ser analizadas en el Chile de ahora. Los patriotas, declara el novelista, son los que se ocupan de la nación viva, dejando atrás las glorias del pasado, e intentan "hacerla más libre, más fuerte, más culta, más sabia, más próspera". No sé si el lector pensará que la declaración es anticuada, anacrónica. A mí me parece que usa palabras que no pertenecen del todo a la jerga de estos días, pero que su sentido es de una vigencia completa. Se habla, en último término, de la libertad política, de la sabiduría, que es el resultado superior de la educación, de la cultura y el desarrollo. Pero Figa de Queiroz agrega en seguida una síntesis importante. Los patriotas auténticos, afirma, intentan proporcionar a su país "dos bienes supremos: ciencia y justicia".

Jorge Edwards



El concepto decimonónico del patriotismo sufrió reacciones serias a lo largo de todo el siglo XX. Las filosofías de moda fueron anarquistas, internacionalistas. El nacionalismo, por su lado, derivó en ideologías desviadas o francamente aberrantes, como fue el caso del nacional-socialismo de Adolfo Hitler. En nombre de la nación se cometieron crímenes repugnantes y se practicó un abierto genocidio. Por desgracia, hoy todavía se mata en nombre de la nación, idea abstracta y que tiene, como lo demuestra la experiencia histórica, ribetes altamente peligrosos. Pero el sentido patriótico de Figa de Queiroz iba por otro lado. Él veía que Portugal se quedaba atrás con respecto al resto de Europa y trataba de encontrar una respuesta y de crear una conciencia entre sus coterráneos.

Ha transcurrido más de un siglo y volvemos, en cierto modo, a posiciones parecidas. El nacionalismo expansivo, guerrero, es una locura que no hemos conseguido desterrar en todas partes, para desgracia general, pero hemos vuelto a pensar con preocupación, con atención apasionada, en el desarrollo moderno, libre, culto de nuestras sociedades. Es decir, ha resurgido con un enfoque moderado el viejo tema del patriotismo, y lo que decía Figa de Queiroz en 1880 vuelve a sonar para nosotros con un eco de plena actualidad. Uno de los bienes supremos, en efecto, es la ciencia. Busqué el otro día al presidente Ricardo Lagos en el Instituto de Chile, durante la sesión solemne de apertura de los trabajos anuales, y me pareció bien que insistiera en la prioridad de la ciencia y de la técnica. Las partidas del presupuesto destinadas a la investigación científica han sido hasta ahora ínfimas, incluso en comparación con otros países latinoamericanos, y esto, si se mantiene, nos condena a continuar en etapas de desarrollo económico primarias, de muy poco futuro. Si queremos exportar en los próximos años productos más elaborados, con mayor mano de obra incorporada, tenemos que destinar mucho más recursos al fomento de la investigación científica y técnica. No hay alternativa. A mí me pareció que el discurso del Instituto de Chile, apoyado en un arsenal importante de datos, estaba bien orientado en lo fundamental. Y pensé que nosotros, los escritores, no podíamos ser enteramente ajenos a estos asuntos, como lo éramos en los dichosos años cincuenta. Las musas del cincuenta eran fascinantes, inspiradoras, pero hay otras musas, en este nuevo siglo, cincuenta años más tarde, y no tiene sentido desdenarlas.

Habría que preguntarse, por otro lado, por qué Figa de Queiroz unió el concepto de la ciencia con el de la justicia. La verdad es que no hay desarrollo posible, con fuerza y a la vez con libertad, sin un sistema judicial bien organizado y honesto. La corrupción del sistema judicial introduce una incertidumbre total en la economía y no permite un desarrollo moderno y sólido. Es probable que el novelista portugués, empujado en los años en

que escribía su carta al pintor Pinheiro Chagas en la cámara consular, buen observador de países avanzados como Francia e Inglaterra, pensara que Portugal tenía que modernizar su poder judicial para ponerse a tono con el resto de Europa. Su visión de los hábitos políticos y de la burocracia de su país era particularmente negra y no es extraño que su crítica también alcanzara a los mecanismos de la justicia. Por mi parte, no creo que nosotros, en el Chile de hoy, hayamos alcanzado todavía un sistema judicial enteramente sólido, moderno, seguro. Hemos avanzado algo y hay indicios actuales de que el poder judicial trata de reformarse desde adentro. No conozco el caso del ministro Correa Bulo y no me atrevo a juzgar, pero así se advierte, por lo menos, un intento serio de limpiar la casa. En años recientes conocí el caso de Alejandra Matos y de su "libro negro de la justicia chilena". Es muy inquietante que la periodista siga encargada hoy y que no pueda regresar a Chile. No es un indicio que hable a favor de la transparencia de nuestra transición y de nuestro ambiente de libertad de prensa. Puede que algunas de las acusaciones del "libro negro" no tuvieran fundamento comprobable, pero el procedimiento seguido contra la autora, al amparo de formas penales anticuadas y autoritarias, nos hace pensar precisamente lo contrario.

El otro día asistí a una discusión sobre el punto siguiente: si la detención del general Pinochet en Londres y el gran auge de querrelas criminales en Chile, una de sus consecuencias más visibles, ha sido bueno o malo, en definitiva, para la marcha normal del país. Se puede sostener con buenos argumentos que el caso revivió una polarización que ya empezaba a olvidarse y que introdujo elementos perturbadores en nuestro progreso pacífico y sostenido. Sin embargo, también se podría pensar que el caso sacudió al poder judicial, que lo sacó en forma brusca de su rutina y de su conformismo, que lo obligó a "ponerse las pilas". Las autoridades judiciales de ahora, cuando salen a la palestra, utilizan otro lenguaje, un tono y un discurso muy diferentes a los de años muy cercanos. Nadie, ningún ministro de la Corte Suprema o de las Cortes de Apelaciones, en ninguna circunstancia, podría decir hoy, por ejemplo, que los desaparecidos "lo tienen curvo". No todas las evoluciones son negativas, como se declara con tanta frecuencia en este país de Casandras. A mí no me gusta insistir en los temas del pasado. Me molesta que la justicia tienda a convertirse en revancha y que los perseguidos de antes pasen a ser los perseguidores de ahora. No me gustan las viejas que tratan de calderines debajo de las guillotinas. Pero éste es otro problema. Los sucesos de los últimos años han provocado la aparición de caras nuevas y de voces diferentes en nuestro poder judicial, que antes daba la impresión de estar apolillado, envejecido, sumido en la más abrumadora rutina, y esto es un cambio muy favorable, un aspecto de la transición chilena en el que se repara poco, sobre todo desde el exterior, y que sin embargo hay que tener muy en cuenta.

La Segunda

DIRECTOR
Cristóbal Zegers Arizola

EDITORIA:
Servicio Informativos
Pilar Vergara Tagle

REPRESENTANTE LEGAL:
Jonny Kuhn Fraenkel

DIRECCION: REDACCION Y TALLERES
Avda. Santa María 5542
Fono 5301111 (Mesa Central)

La ciencia y la justicia [artículo] Jorge Edwards

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La ciencia y la justicia [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile